

ACERCA DEL DOMINGO CABRED DE NORBERTO MARQUEIGUI

Dedier Norberto Marquiegui, 2021. *Domingo Cabred. Una biografía*. Buenos Aires: Biblos. 174 p.

Domingo Cabred. Una biografía es el austero título del último importante libro de Norberto Marquiegui, estudioso bien conocido y apreciado en Argentina y en Europa por su obra sobre la inmigración europea.¹ Apenas se comienza a leerlo, ya desde la dedicatoria, los agradecimientos y la introducción, se percibe que se tiene entre manos un libro que, en muchos sentidos, va mucho más allá de lo que el título sugiere y también de lo que la historiografía profesional, esta sí austera y ceremonial, nos brinda habitualmente.

Ante todo, es solo en parte una biografía –y en tanto tal, es del hombre público, no de sus dimensiones privadas–, ya que Cabred es el Virgilio que guía al lector por los meandros del orden conservador si mirado desde la relación entre configuraciones políticas y políticas estatales.

Desde luego, no faltan las referencias a la vida de Cabred, desde sus orígenes correntinos, que son explorados en tanto punto de inicio de las relaciones entre su familia y Julio Roca, es decir, de la lenta acumulación de un capital relacional que Marquiegui estudia, con mucha atención, como parte de una idea no ingenua de la

política que iba a ser la condición de posibilidad de las posteriores iniciativas públicas del médico alienista, especialmente, pero no solo, esa Colonia de Alienados que lograría se crease en la zona de Luján en el tránsito entre los siglos XIX y XX. Relaciones con el vértice del poder político que eran necesarias, pero nunca suficientes, en tanto se entrecruzaban conflictivamente con otras, sea por la multiplicidad de proyectos alternativos, en un mundo en el que estaba casi todo por hacerse y los recursos no eran nunca suficientes, sea por la lucha sin cuartel entre personas y grupos por el control de iniciativas e instituciones.

Y, en este sentido, particularmente brillante es la reconstrucción que Marquiegui hace de la fase final del Cabred creador de instituciones, cuando en el contexto del mundo posterior al advenimiento del radicalismo y de la reforma universitaria se vio involucrado en un conflicto que en torno del control del Instituto del Cáncer, que él había apoyado desde sus orígenes –y por detrás por el control de toda la investigación científica en el área biomédica–, que con soportes cruzados en las dos ramas del parlamento, ámbito decisivo para aprobar los recursos materiales, ve confrontar al Consejo Directivo de la Facultad de Medicina con la Academia de Medici-

¹ Marquiegui, profesor de la Universidad Nacional de Luján e investigador del CONICET, falleció el 22 de marzo de este año. El presente texto fue escrito en la primavera del 2022.

na. Conflicto que veía enfrentar a Cabred con un perdurable y temible adversario, el célebre doctor José Arce, que tanto haría y desharía en la Universidad de Buenos Aires, y que luego de una larga carrera política entre los conservadores continuaría sus días como jefe de la Delegación Argentina en las Naciones Unidas durante la Argentina peronista. Las elites a ras del suelo, lejos de cualquier *fair play*, podría decirse.

Empero, no todo es conflicto entre influencias, mediaciones, *cliques* que parecen casi *gangs*, ya que tampoco deja Marquiegui de explorar con habilidad la formación intelectual de Cabred, para lo que se adentra –apoyado, sobre todo, pero no solo, en una buena y reciente bibliografía– en el complejo mundo de teorías psiquiátricas europeas que fueron recibidas en estas tierras de modo bastante indiscriminado. Sin embargo, no son solo esas teorías las que explican las opciones de Cabred, sino también, como con agudeza observa Marquiegui, todo aquello que Cabred debía a sus experiencias en Europa, a fines de la década de 1880 y a mediados de la siguiente –financiadas por un Estado argentino, en realidad detrás de nuevo estaba indirectamente Roca, que percibía la necesidad de la adquisición de saberes–. Allí pudo tomar contacto con los ejemplos de nuevas prácticas nosocómicas que no habían sido estudiadas librecamente sino vistas *in situ*.

Ideas, proyectos, políticas, realizaciones, en suma, debe observarse que Marquiegui ha decidido recorrer un itinerario innovador poco frecuentado, ya que esas políticas públicas de la llamada *generación del ochenta* dirigidas hacia la construcción de instituciones estatales, y los

modelos de referencia que las orientaban, han siempre recibido mucha menos atención que aquellas dedicadas al juego de la política, a las formas de representación o a los instrumentos de organización y manipulación. Itinerario que, concentrado en la investigación de un territorio específico, el de las políticas hacia los definidos alienados, deja de lado la suma de banalidades con que nos azotan hoy tantas variantes deletéreas de la historia cultural, para ir, en cambio, al vivo de los grandes problemas históricos que remiten primero a las concepciones de la sociedad de los grupos dirigentes, si estudiadas desde sus miradas hacia los bordes, hacia la frontera que distinguiría no solo “locura” y “normalidad”, sino marginalidad e integración, conflictividad y aquiescencia, protesta y consenso. Dicotomías que se proyectaban, como señala Marquiegui, sobre muchas “amenazas”, sociales y culturales, por ejemplo y especialmente, hacia la amenaza inmigratoria.

Con todo, también, y con un propósito aún más ambicioso, Marquiegui se enfrenta a esa gran pregunta que es la evaluación de los logros y los límites de ese orden conservador que tanto ha hecho discutir a las generaciones argentinas sucesivas. Desde luego, Marquiegui es muy buen historiador y, en tanto tal, sabe que la historia no es “justiciera”, como bien señalaba Benedetto Croce y, por ello, más allá de ocasionales apasionamientos pronto reencauzados, se preocupa por recordarnos que esa época no es la nuestra, que los valores eran otros (“el espíritu de su tiempo”, como él nos dice) y que es necesaria la distancia temporal entre aquel lugar y este para poder pensarlo.

¿Es, en cambio, “justificadora” como hegelianamente nos recordaba también Croce? Marquiegui parecería tomar distancia también de la idea de que lo pasado, concebido como parte de un proceso real-racional, debía haber sido, por ende, necesario. Así, la distancia sirve para pensar los problemas con serenidad y equilibrio, pero no suprime el juicio histórico –y aquí Marquiegui hubiese podido decir, con Arnaldo Momigliano, que si es posible juzgar a las figuras públicas hoy, por qué no lo sería con las del pasado–.

Si de juicio se trata, en Marquiegui es matizado o mejor esfumado, tratando de recuperar las dualidades y ambigüedades de ese proceso y dejando una imagen en claroscuro, sea de esas nuevas prácticas hospitalarias destinadas a los definidos alienados –ciertamente superadoras, pero también siempre disciplinadoras–, sea de lo operado por esa “generación del ochenta”, que era la de Cabred, y sus proyectos, si es que puede hablarse de proyectos y no de iniciativas inconexas, como admite en ciertos momentos el mismo Marquiegui. Por ejemplo, al analizar la Comisión Asesora de Asilos y Hospitales Regionales que en torno al Centenario dirigía Cabred, nos recuerda que todo ello (y en especial la proyección de iniciativas nacionales en el interior del país) se hacía en el marco de “un acentuado desorden administrativo del aparato estatal, con una administración laberíntica”.

Empero, el libro de Marquiegui no contiene solamente una muy rica reflexión sobre la generación del ochenta, las políticas públicas y Domingo Cabred. Por el contrario, ese enfoque que podríamos llamar macro se complementa con un enfo-

que de historia social microhistórica, bajo influencia de los modelos italianos, que ha sido siempre un tinte distintivo de sus trabajos. En efecto, a lo largo de los años Marquiegui ha dado admirables contribuciones sobre distintos grupos inmigrantes europeos en el espacio de Luján (pero no faltó tampoco algún caso puntual de afrodescendientes, como el “negro Raúl”, que terminó sus días en la Colonia de Alienados), sea nacionales (italianos, españoles, franceses, irlandeses), sea subnacionales o locales (italo-albaneses, sorianos, gallegos, vascos).

Todas las dimensiones que puntuaron los estudios migratorios en la Argentina democrática fueron exploradas precedentemente por Marquiegui en los niveles conceptual y metodológico y en tantas indagaciones empíricas sobre el caso de Luján (cadenas migratorias, pautas matrimoniales, pautas residenciales, asociacionismo e incluso inserción en ámbitos empresariales). Eran parte de un vasto esfuerzo para reconstruir la historia del conjunto de las tramas sociales migratorias, que si bien no alcanzó una composición unitaria, puede reconstruirse a partir de los muchos trabajos que dedicó a cada problema y a cada grupo étnico –y quizás no haya que lamentarlo, ya que, finalmente, el mundo social es discontinuo y las múltiples aproximaciones convergentes eluden las trampas de las ilusorias totalidades sistémicas–.

En un momento, tratando de renovarse y de remozar los estudios migratorios en Argentina, Marquiegui abandonó los enfoques ya hoy rutinarios y se orientó hacia un nuevo horizonte: el estudio de ese microcosmos que era la Colonia Na-

cional de Alienados de “puertas abiertas” (Open Door), el emprendimiento institucional creado por Cabred en 1899, una vez más con el sostén decisivo de Roca, de nuevo presidente, siguiendo modelos implementados en Escocia y en Alemania.

A partir de ahí, Marquiegui se adentra en el mundo de la colonia de alienados, valorizando su riquísimo archivo, explorando los alcances y los límites de la propuesta que, ya a partir de sus elegantes pabellones de estilo francés, de sus jardines, glorieta y estanque, de bucólicas escenas agrícolas, que aspiran a ilustrar las sugestivas fotografías que acompañan el libro, era vista como un modelo ejemplar. ¿Puertas abiertas? ¿Era así, efectivamente?, interroga Marquiegui. ¿Fin de los métodos tradicionales?: la fuerza, el éter, la electroterapia, las correas de sujeción, las duchas frías, insiste. Y más allá de las reglas, ¿cómo eran las prácticas en manos de un personal no calificado?

Marquiegui escudriña con maestría y notable rigor filológico las ricas fuentes disponibles en los archivos de la Colonia, de registros de alineados a libros de historias clínicas (contrastando en sus palabras el enfoque más lombrosiano de los primeros al más sociológico y psicológico de los segundos), pero también más allá de ellos (utiliza las denuncias del periódico anarquista, por ejemplo).

Las conclusiones son nuevamente ambivalentes: las nuevas terapias coexisten con las viejas, la situación de ciertos pacientes contrasta con la de otros –especialmente con los alojados en el asilo central llamado en la época, no casualmente, subraya Marquiegui bajo influjo foucaultiano, “La Vigilancia”–, las intenciones

de Cabred con las acciones de muchos miembros del personal, las puertas son abiertas para algunos no para todos; la recuperación, también.

Empero, Marquiegui va otra vez más allá y se pregunta por esa nueva terapia defendida con insistencia por Cabred y centrada en el trabajo. Un trabajo que debe producir y produce recursos que buscan hacer autosuficiente a la misma colonia. Trabajo como centro, como terapia de recuperación, como una laborterapia que, desde luego, lleva algo inherente al vivir social de esa época y de otras, el disciplinamiento. Sin embargo, pregunta Marquiegui –siempre las grandes preguntas–: ¿trabajo también como un modo de preparar nueva mano de obra apta para el sistema capitalista? Es difícil seguir aquí a Marquiegui, en tanto quizás trata de sacar demasiado acerca de la clarividencia y la intencionalidad teórica de Cabred, partiendo de una frase de este en el discurso de inauguración de la colonia (“el valor del trabajo del enfermo representa por lo menos, el de su mantenimiento”).

En este libro admirable y conciso todavía hay más. Un intento de mirar la historia desde el punto de vista de los mismos pacientes que son retratados en el libro con calidez y simpatía, al modo en que lo hacían los grandes historiadores con sus sujetos, Marc Bloch *in primis*. Para ello Marquiegui valoriza una de las secciones presentes en las historias clínicas, los “Testimonios mentales”, a veces redactados por los mismos internados, cuando estaban en condiciones de hacerlo; otras, por el personal del establecimiento.

Marquiegui se detiene especialmente en testimonios de internados italianos

para proseguir un argumento que ya ha aparecido antes: la relación entre locura e inmigración, sobre la que tanto habían repiqueado las elites argentinas y de otros países de inmigración como parte de un conjunto de tantos prejuicios hacia el extranjero. Con todas las dificultades de comparabilidad de los datos, Marquiegui observa que hay una proporción de inmigrantes internados que es superior a su peso relativo en la población, si medida esta con datos más agregados.

Fuesen un poco más o un poco menos, ¿por qué tantos? Marquiegui arriesga una hipótesis sugerente: concierne a los inmigrantes solos sin redes de contención (y de protección) y ello sería así porque muchos de los que allí aparecen como alienados son personas que han sido recogidas en la calle e internados con la fuerza arbitraria que provee, en sus palabras, “la íntima ligazón” que une la colonia con “la omnipresente policía”, sin que nadie pudiese luego perorar por ellos. Un retorno al estudio de los inmigrantes, desde todo otro (y nuevo) ángulo.

Una última observación sobre otros testimonios existentes en la Colonia: los libros (álbumes) de fotos de alienados y de las fotos que también aparecen en las historias clínicas. El brillante y sutil análisis que hace Marquiegui de testimonios tan complejos –que llama “vestigios”, siguiendo a Carlo Ginzburg–, tomando en consideración, por ejemplo, la posición del cuerpo (que sugiere la sujeción más o menos violenta), como se sentaban, que hacían con las manos, la vestimenta propia o uniformada, el pelo ralo (que connota el asilo) y la barba y otros detalles, colocándolos en ocasiones en perspectivas comparativas, exhibe todo lo que se puede sacar con talento de documentos silentes, sin caer ni en la fisonomía de antigua memoria ni en la estética de las almas bellas.

Llegados hasta aquí, es bueno concluir y dejar al eventual lector la tarea de encontrar tantas otras cosas en este magnífico libro que nos recuerda una y otra vez los ingredientes esenciales del oficio del historiador bien practicado: trabajo e inteligencia.

Fernando J. Devoto
Universidad Nacional de San Martín /
Academia Nacional de la Historia